

Cartas a Stelios

© 2022 | José Antonio Moreno Jurado

© 2022 | Mixtura Editorial SL, Sant Boi de Llobregat

DIRECCIÓN EDITORIAL | Jesús Aguado

DISEÑO | Ferran Fernández

MAQUETACIÓN | Zaranda & Jo

ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA | Carol Gómez Pelegrín

ISBN | 978-84-125513-4-1

DEPÓSITO LEGAL | B-10419-2022

IMPRIME | Kadmos

Impreso en España | *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



www.mixturaeditorial.com

José Antonio Moreno Jurado

CARTAS A STELIOS

Sobre la estupidez

mxtura

Alguna luz

CONOCÍ a Stelios Karayanis, oriundo de Samos y poeta griego de la Generación del 80, llamada también por la crítica Generación de la Visión Individual, Generación de la Cotidianidad y Generación del Aislamiento, en la librería de la calle Panepistimíu, en el mismo centro de Atenas, que dirigía entonces mi inolvidable Kostas Tsirópulos. Era 1982, si no recuerdo mal.

Entablé con Stelios, a partir de entonces, una relación epistolar de muchos años, primero con cartas escritas a mano, después con máquina de escribir y finalmente con los modernos correos electrónicos. Era una forma, como otra cualquiera, de mantener viva una relación en la distancia y una manera también de juego y de diversión en momentos de apatía y de abandono. Lejos, por supuesto, de pretensiones literarias. Y, para mí, terminó convirtiéndose en tal diversión, por aquella época y no hoy, que llegué a escribir a mi amigo Manuel Jurado, cuando daba clases de Literatura Española en Sankt Gallen, una carta de más de 60 páginas. Algo que hoy resulta imposible de comprender. Mucho menos, de llevar a cabo.

Porque la carta constituía entonces una señal indiscutible de buena educación, de cortesía y de amistad. Todos los grandes autores vivos de la época, sin

excepción alguna, te escribían y te daban las gracias por libros que previamente les habías enviado. Me sucedió, entre otros, con Jorge Guillén, con Gerardo Diego, con Rafael Morales, con Pepe García Nieto, con Rafael Guillén y con Leopoldo de Luis. Una vez comentaban tus libros. Otras veces no. Pero nada parecido a lo que ocurre hoy. Si te vi, no me acuerdo, suelen decir los divos para sí con labios cerrados. Y las divas.

De toda esa correspondencia con Stelios, he reunido aquí los textos que se aproximan, más o menos, o tocan directamente mi preocupación por la estupidez del todo, de la vida misma, de la evolución y del universo en general. Estupidez en el sentido de bobada, de necedad, como dicen los diccionarios. Y estupidez tanto en este último sentido general, estupidez del ser, como en el sentido particular de los comportamientos humanos, de las religiones e incluso de la filosofía.

Pero no se trata, en absoluto, de fijar, de definir una actitud optimista ni pesimista ante la vida, para eso estaban ya los existencialistas, sino de constatar el hecho real de la estupidez del todo, de la evolución misma, lejos ya de prejuicios religiosos o trascendentes. La naturaleza, lo existente contemplado cara a cara sin artificios y sin miedos.

Indiscutiblemente, he acudido, sólo en ocasiones, a textos míos anteriores para fijarlos ahora o retocarlos en lo posible, sabiendo de antemano la dificultad que entraña la descripción de cuanto

quiero decir y la evitación de malentendidos, y, por supuesto, he añadido nuevos textos que pueden iluminar los posibles puntos oscuros. Y no he guardado, en absoluto, el espacio temporal en que se escribieron las cartas. No conservé las fechas. En verdad, no me fue posible, puesto que pretendía fijarme sólo en las que contenían referencias al tema. He de confesar, sin embargo, que no hay en los textos fabulación alguna, imaginación, fantasía, creación poética. Todo cuanto digo, incluso lo anecdótico, sucedió en realidad, ya fuesen lecturas, principios personales o comportamientos humanos.

Sevilla, julio de 2021

MI querido Stelios:

Regresé a casa con normalidad a pesar de las esperas y de los cambios de terminales en Madrid, que aburren y desesperan sin piedad alguna.

Sólo quisiera decirte que ayer, puesto que el avión salía de Atenas a las cinco de la tarde, pretendí aprovechar la mañana visitando el Cerámico. Sabes cuánto me gustaron siempre los relieves y las estelas funerarias que se conservan en ese museo, en parte al aire libre y, en parte, en interiores.

Era una mañana herida de azul intenso, idéntica a las mañanas templadas de Sevilla, y, temprano aún, tomé el metro y me bajé en la estación del mismo nombre, Cerámico. Pero, al salir, no sabía dónde estaba, si debía girar a la izquierda o a la derecha, hacia atrás o hacia adelante. El entorno había cambiado tanto que no conseguía orientarme en absoluto.

Para no perder tiempo, decidí preguntar a la primera persona que encontré, una anciana con un carrito de la compra de voz suave y tiernos gestos. «Señora, por favor, ¿me podría decir por dónde he de tomar para llegar a la puerta de entrada del Cerámico?», le dije. «Lo siento, señor», respondió amablemente, «no lo sé, apenas salgo de casa».

Volví a preguntar a un estudiante, a un matrimonio joven, a un señor de la limpieza, a una chica guapísima de falda corta, a un pope de sotana negra, de los que llevan los hombros llenos de caspas, y a un albañil. No obtuve respuesta o, mejor, me dieron la misma respuesta: no sabían nada.

Me quedé perplejo. Incluso dudé de mí mismo y de mi peregrinaje por aquellas calles. ¿Estaba de verdad en Atenas? ¿En la ciudad de la cultura y el pensamiento? Obcecado, decidí finalmente entrar en una cafetería para preguntar lo mismo. Y sucedió otra vez. Ni los camareros ni la clientela sabían dónde estaba la puerta de entrada al Cerámico.

Lleno de rabia, enfadado conmigo y con el mundo, regresé al hotel, recogí mi equipaje y me fui al aeropuerto.

Y ya en el avión, Stelios, pensé en mi primer viaje a Grecia. A Atenas concretamente. Algo escribí al respecto no recuerdo dónde. Mi memoria, como mis piernas, comienza a quedar arañada por las espigas del tiempo que se secan al sol. No me importa.

Cuando terminé mi carrera de Filología Clásica, era una liturgia obligatoria, casi sagrada y propia de iniciados religiosos, sentir y tocar cuanto habíamos estudiado durante cinco años consecutivos. Con todo aquel bagaje de estudios históricos, literarios y lingüísticos, me sentía seguro de dominar cualquier situación en aquella lengua, tu propia lengua, Stelios. Error.

Escribí entonces sobre señoras sentadas en un parque que hablaban de Solón, de Sócrates, de Platón, de Jenofonte hasta que comprendí que nada sabían y que sólo hacían referencias a los nombres de las calles adyacentes. Y conté también mi encuentro con un zapatero que no sabía leer. Y que, en aquel instante, se me vino abajo el mundo, porque no era posible que un hombre griego, heredero de una cultura inmensa y secular, no supiese leer. No era posible. ¿Qué error había cometido en mis ideales? Entendí entonces que la realidad es muy distinta de la literatura y de la filosofía. Que todos nosotros habíamos amado a Grecia de una manera romántica y, por ello, completamente

falsa. Nuestras universidades se habían convertido en herederas directas del Renacimiento, del Romanticismo, de la Ilustración, seguidoras de una Grecia que nunca existió, de un ideal, de una entelequia.

III

PERO aún hay más. Recuerda bien, Stelios, que, cuando un poeta de Tesalónica, bastante mayor, nos invitó a comer en su casa, estuve discutiendo con él durante cierto tiempo. Decía que el griego moderno es una lengua nueva, nacida por arte de magia. Una lengua que nada tiene que ver con el griego clásico. Yo, que había defendido mil veces, en la Universidad de Sevilla y en mis escritos, que la lengua griega es una única lengua en perfecta evolución, me quedé aturdido. Y llegué a decirle que el propio Seferis habla de las distintas etapas que ha recorrido la lengua hasta llegar a nosotros: el micénico, Homero, el griego clásico, la koiné, el griego bizantino –con su poesía religiosa y los poemas de caballería– y el griego contemporáneo. Pero el poeta insistió e insistió. Guardé silencio para no parecer descortés y no volvimos a hablar del tema. Evidentemente no era filólogo. Era químico.

IV

Y más curioso aún. Me contaban entre risas, mientras desayunaba un día en la Plaka ociosamente, que miles de atenienses no han subido jamás a la Roca Sagrada, a la Acrópolis. No tienen necesidad alguna. Desde que nacen, la ven allá arriba, inmóvil, lejana. Un día y otro. Un año y otro. Es demasiado familiar, propiedad privada de todos, un adorno en las alturas. Y, como están tan habituados a verla desde la distancia, no sienten deseo alguno de acercarse y tocarla con los sentidos. Nosotros, en cambio, moríamos por atravesar los Propíleos, por tocar de lejos el templo de Atenea Nike, las Cariátides, las metopas del Partenón. Es estúpido que lo bello, si nos es cercano, pierda la intensidad de su belleza.

POR eso te propongo, Stelios, que definamos qué entendemos por estupidez. Los diccionarios no se atienen a matices ni a diferentes acepciones de esta palabra concreta. Definen al estúpido como «necio, falta de inteligencia» y a la estupidez, como «lo propio del estúpido». Por eso, piensa tú en la opinión que tienes y yo pensaré en la mía.

Hoy te diré únicamente que estamos pasando toda la vida a la espera de que una enfermedad, más o menos dolorosa y cuyo nombre no sabemos aún, nos conduzca a la muerte. Y así esperamos meses y años desde nuestro nacimiento. Es más, el origen de la vida que conduce a la evolución de las especies no constituye un bien porque se basa en una constante transformación y lo que aparece termina desapareciendo. Además, la filosofía siempre ha mantenido que lo que se transforma es imperfecto. Lo perfecto sería el motor inmóvil. Pues bien, Stelios, a todo ese proceso lo llamo estupidez, porque, en definitiva, es esperar a la nada. Quiero decir que el proceso es «necio, falta de inteligencia». En cambio, te pido por favor que no confundamos la estupidez del ser con la estupidez de las personas y de sus actos, pues, aunque tienen rasgos comunes, están a distinto nivel en la jerarquía del todo.

VI

MI querido Stelios, fue gracioso, pero todos me entendieron. Cuando fuimos a leer poemas a la casa del poeta Takis Sinópulos, en Nea Esmirni, y, otro día, a Egáleo, se me ocurrió, como sabes, jugar entre bromas con la situación actual de la poesía. Y dije desenfadadamente que un viejo marinero me contaba siempre, en Mazagón, que en sus muchos viajes en mercantes había descubierto, por pura experiencia personal, que, en Grecia, si levantas una piedra, encuentras debajo a dos poetas.

Los griegos, al escucharme, reían, chanceaban y asentían. Aseguraban que era verdad cuanto me decía aquel viejo marinero en mi juventud, después de describirme atardeceres y amaneceres imposibles en Sunio o en Ítaca.

Sin embargo, guardé para mí las razones y bromeé sonriendo. Pensaba que hablar en público sobre cuestiones lingüísticas y demasiado serias enturbia ciertamente la comunicación espontánea con quien ha acudido de forma voluntaria y placentera a escuchar tus poemas.

Para mí, en cambio, la proliferación de poetas por tus lares, Stelios, dos debajo de cada piedra, tiene raíces profundas en la misma lengua. Quiero decir que el poeta, o aspirante a poeta, cuando utiliza pala-

bras como *θάλασσα* (mar), *ουρανός* (cielo), *πέτρα* (piedra), *άμμος* (arena), *δένδρο* (árbol), *ήλιος* (sol), *κόκκινος* (rojo), y muchísimas otras, tiene ante sí una tradición inmensa de casi tres mil años. Estas palabras, en el poema, transportan de inmediato a esa tradición, a cientos de autores que las elevaron a lo sublime, sueñan y se sienten incluso conceptualmente y el poeta, por ello, se encuentra inmerso en un concepto de buena poesía que resulta erróneo. Porque el uso de la palabra tradicional, por sí solo, no justifica la bondad o maldad del poema en sí mismo. Así, las palabras tienen en Grecia una evocación tradicional que conduce a múltiples errores del poeta. Especialmente, a la valoración de su obra.

VII

Es diferente, en cambio, la situación de la reciente poesía española. Parafraseando a Elytis, diría que todos escriben poemas, pero nadie conoce el nombre de las flores o de las aves. No recuerdo bien si eran flores o aves. Como en Grecia, aunque por diferentes razones, se han multiplicado en nuestra tierra los poetas que editan libros, que publican en blogs o en páginas absurdas, propias o de amiguetes, en las que abundan la cursilería y la ignorancia.

Se trata casi siempre de una prosa cortada en versos, a capricho del autor, que busca la sorpresa en un giro habilidoso, en una anécdota, en un gesto, en un tic nervioso, en una salida efectista, quiero decir llena de efectos paralelos, pero nunca la sorpresa de la metáfora, de la imagen y del ritmo. Una enorme pobreza, además, de emoción, de sensaciones y de pensamiento, que nada aporta al lector. Al contrario, lo mal conducen.

Y no quiero decir que toda poesía deba ser lírica o estar revestida de pompa, de boato, ni siquiera de alambicados procedimientos o de inclinaciones metafísicas. No. Se trata únicamente del gozo de la expresión bella, hermosísima, de la música de la palabra en sí misma y del contexto que la rodea, de la transformación en belleza de la realidad o de la emoción, nunca de la anécdota o del tic cinematográfico.

VIII

ME referí a Giordano Bruno, Stelios, en uno de los libros que te envié a Atenas hace bastante tiempo, *Cuadernos de un poeta en Mazagón III*, y no quisiera volver a repetirme ahora. Sólo te diré, con tu beneplácito y con este silencio en que siempre te encuentras, que su figura ha sido para mí, a lo largo de los años, la fiel representación de la estupidez humana, tanto en el orden religioso como en el orden de los planteamientos filosóficos.

PORQUE el panteísmo de Giordano Bruno presenta una sencillez asombrosa, aunque sus escritos sean a veces alegóricos y difíciles. Consiste únicamente en conceder al universo los atributos que concedieron a Dios los Padres de la Iglesia, los teólogos anteriores y especialmente Tomás de Aquino. Él mismo dice: «Por tanto, el universo es uno, infinito, inmóvil». El Uno de Platón, el Infinito de Parménides y el Motor inmóvil de Aristóteles constituyen la base de semejantes atributos. Pero ¿tanta importancia tenían para Bruno las atribuciones a Dios o las atribuciones al Universo, como para renunciar a su defensa con la que hubiera podido conservar la vida? ¿Sus convicciones filosóficas fueron también una especie de fanatismo intelectual? ¿Morir por una filosofía abstracta, empírica y no comprobable?

No quiso retractarse en absoluto porque «no debía ni quería arrepentirse, ni tenía nada de qué arrepentirse y no sabía de qué arrepentirse», según su Declaración del 21 de diciembre de 1599. Dicho llanamente, la filosofía está por encima de la vida misma y de la religión, por encima de la muerte. Estupidez también.

Y la verdadera esencia del hombre, además de los disparates de la ontología, ser contingente, ser necesario, etc., está en asimilar lo exterior, carne, fruta, pescado, leche, conservar en su interior lo que le conviene, aunque de manera involuntaria, y expulsar de su cuerpo, más tarde, los desechos inservibles. Si aprendes a visualizar a políticos, filósofos, biólogos, oradores, en estas tareas diarias, quiero decir, dando de cuerpo y limpiándose de inmediato de la manera que sea, con papel, con una hoja de parra, con una piedra, considerarás que ninguno de ellos sobresale por encima de los otros. Y te reirás sobradamente de los hombres, de los políticos y de los aspirantes, de los ilustrados y de los ignorantes, de los que poseen y de los humildes, de los que creen que son y de los que nada creen, porque son idénticos unos a otros en este menester. En verdad, constituye una servidumbre estúpida que todos ocultan y de la que nadie habla.

XI

MI querido Stelios, hace tiempo que no te escribo. Lo sé. Hay momentos en que te lanzas al abismo y caes, ruedas, te golpeas. Y vuelves a ponerte de pie y te dices a ti mismo: ¡qué estupidez! Toda la vida, todo el universo, toda la naturaleza, toda la evolución y todas las especies son y se transforman. Y, por consiguiente, todo ese proceso en sí mismo y, especialmente, el sometimiento del individuo a esa transformación constituyen lo más estúpido que pueda pensarse.

No tiene sentido o, mejor, el sentido no es nunca del individuo sino del todo que se transforma. La estupidez de ser yo, de creer que soy yo, la estupidez de mi nombre, de mi carnet de identidad, de mi yo mismo, se oculta con frecuencia en el velo de la realidad, del tiempo, y me creo fuera de la transformación. Me detengo, en cambio, y miro de frente: todo el proceso es estúpido.

LAS religiones, en cambio, atribuyeron a un ser superior la creación de todo y, por tanto, su propia finalidad. Así, el hombre siente, en su aceptación religiosa, la tranquilidad de ser en otro, de no preocuparse de lo que es, ni de quién es, porque todo lo debe a esa criatura primera que regula, que crea, que pone en orden lo existente. Para nosotros, evidentemente, las disyuntivas son dos: creer en un ser trascendente, eterno, inmóvil, uno, perfecto o, por el contrario, sentirse parte involuntaria de una naturaleza que se transforma continuamente de manera estúpida e incoherente, aunque tenga sus propias leyes físicas, inherentes a ella misma. Lo más fácil para el entendimiento humano es la primera disyuntiva. La segunda, utilizando un término de Tomás de Aquino, repugna al pensamiento del hombre.

Pero semejante concepción, esta visión del todo, este delgado ateísmo, jamás panteísmo, es una especie de revelación instantánea, semejante a la caída del caballo de Pablo de Tarso, que se da de pronto, repentinamente, tras años de estudios y reflexiones, una especie de éxtasis personal, parecido a los meteorismos de Teresa de Ávila, una comprensión inmediata del todo, del yo, del tú, del mundo, del universo, como el don de la ubicuidad de Martín de Porres, un misticismo absoluto que nos une a toda la realidad del ser.